Santa Misa Crismal (06-04-23)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Querido Pueblo de Dios reunido hoy día, ungido por el Espíritu Santo.

Queridos sacerdotes, hermanos en el sacerdocio; querido señor Nuncio de su Santidad, Paolo Rocco Gualtieri; querido obispo emérito de Chachapoyas, Monseñor Emiliano; querido secretario de nunciatura, Monseñor Rastislav.

Hermanos en el Episcopado en Lima: Monseñor Ricardo Rodríguez, Monseñor Guillermo Elías, Monseñor Guillermo Cornejo y Monseñor Juan José Salaverry.

Queridos canónicos, queridos hermanos y hermanas que ejercen el ministerio del diaconado y otros ministerios:

El Espíritu nos ha ungido en Jesús para dar buenas noticias, para dar la buena noticia, en especial, a los pobres, para curar corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, para dar libertad a los presos, para proclamar el año de gracia y, así, consolar a los afligidos, coronar de dignidad y honor a los humillados, esparcir perfume de alegría para superar el luto y, vestido de alabanza en lugar de espíritu abatido, para vivir la fiesta de la alegría y la Gracia del Señor.

Nada hay sin el Espíritu del Señor que nos llamó y que constituyó en nosotros el primer amor de nuestra vocación, se tejió desde el seno materno y vamos creciendo poco a poco, y aún vemos que hemos de

volver a Él, en lo que el Papa, esta mañana, ha llamado la segunda llamada. Una llamada que, desde el Espíritu de Jesús, profundiza nuestro primer amor y nos hace artífices del cuidado pastoral. Y como dijo el Santo Padre, nos hace artífices y promotores de la "armonía". Cultores del espíritu pastoral y pastores de la armonía en la humanidad, nos unimos a él, también, en este día en el que renovamos nuestra promesa de obediencia, y no lo elegimos nosotros a él, sino que él, elegido por obra del Espíritu Santo, es nuestra guía en esta Tierra para que, por su testimonio, todos actuemos en fidelidad.

Nuestro lema del Plan Pastoral para la Semana Santa de este año es: "Hermanos y solidarios, forjemos la paz".

El gran tiempo o "año de gracia del Señor" que Jesús inaugura, por el Espíritu que Jesús nos trae, continúa hoy en esta actualización para nuestro tiempo. Lo hemos propuesto como lema para la Iglesia de Lima, y lo hemos propuesto teniendo en cuenta a nuestro pueblo, siempre complejo y difícil, tan dividido y tan trágicamente golpeado, ya que, como se dice en criollo, "tras piedras, palos"... tras las piedras de la Pandemia, los palos de la división y de los daños de lluvias y huaycos que ahora nos aquejan.

Jesús introdujo por su Espíritu el principio, el principio de "gracia gratuita" para que los cristianos afrontáramos, desde nuestra fe, el tiempo y la historia que nos toca vivir, siendo Él la gracia gratuita que nos invita a renovarla y acogerla, viviéndola en cada tiempo, en cada hoy y en cada lugar, de diversos modos, pero bajo el principio del don, la gracia sin medida que viene del Espíritu.

Juan, en el Apocalípsis (1,5-8), se dirige a la comunidad dispersa de siete iglesias y contrariada por la persecución,

con estas palabras: *“Gracia y paz a ustedes”.* Y lo hace de parte de Jesús, que quiere gracia y paz para ellos, resultado de su ser “testigo fiel”, “primer resucitado”, “primer gobernante o rey” desde su amor.

Juan glorifica a Jesús refiriéndose a su amor gratuito: *“al que nos ama”* y nos ha *“librado con su sangre de nuestros pecados”*, y *“nos ha hecho reino y sacerdotes al servicio de Dios Padre”, gloria por siglos..”*

Es decir, en cada circunstancia de la Iglesia está presente el Espíritu y la gracia de Jesús, amándonos y viendo incluso desde las nubes del cielo, siendo visto por todos, incluidos los lo traspasaron para su conversión o para su lamento.

Por eso, unidos a este lema “gracia” y “paz”, hemos intentado en la Iglesia de Lima traducirlo para nuestro hoy. Y la mejor combinación del espíritu y la armonía con los cuales el Papa señala la traducción de “gracia” y “paz” en nuestra historia local y nacional, es la combinación de gracia con paz a través de una palabra fundamental que está suscitando la esperanza en momentos tan difíciles: hermandad y paz, hermanamiento y paz (por eso, nuestro lema dice: “hermanos y solidarios, forjemos la paz”).

Las circunstancias nos piden, y la palabra de esta misa crismal también, pero nos piden que unamos “gracia” y “paz” porque es nuestra misión.

Si lo subrayamos es porque la forja de la paz no ocurre, sino a través de un proceso de hermanamiento y un encuentro, y no solo ocasional, sino durable y estable. Este se deriva de la gracia acogida del don de Jesús como hijos que reconocemos la gracia del Padre, y constituyen nuestro ser

cristianos católicos, no solo como hermanos sino urgentemente como hermanadores.

Un paso más en la auto consideración de nuestra unción sacerdotal: sacerdotes hermanadores.

Y, por eso, en este tiempo, estas palabras que hemos leído, nos invitan a un paso más respecto de la auto consideración de nuestra unción sacerdotal. Estamos llamados, convocados, en este tiempo difícil, a ser sacerdotes generadores de hermandad o sacerdotes hermanadores. Nuestro ser sacerdotes cristianos nos sitúa como hermanos, pero hermanos que tienen la misión de hermanar, presidiendo, santificando y comunicando la Palabra en la misión de hermanar. Somos llamados, en este tiempo, a servir a la trágica situación que vive nuestro pueblo tomando la orientación y la dirección del proceso humano de hermanamiento estable y durable que necesitan los peruanos, asumiendo consciente y responsablemente la forja de la pacificación del país para ayudar a superar cualquier tipo de violentismo, venga de donde venga.

Y quiero resaltar que, en la actual tragedia de los diluvios, ustedes, hermanos, en sus parroquias, en sus comunidades, han alentado este movimiento solidario, esta iniciativa que se convierte en punto excelente, punto de partida excelente para un camino a largo plazo, que debe, quizás, estabilizar relaciones de hermanamiento que todavía hemos de forjar para que haya paz en el Perú.

Y Lima tiene una misión fundamental, porque la identidad de nuestra diócesis deriva del sello que marcó Toribio de Mogrovejo: visitando las provincias, aprendiendo las lenguas originarias, convocando a pequeños sínodos, no sólo a los grandes sínodos que conocemos, sino decidiendo siempre con la escucha y la palabra dialogada y compartida. Quizás, en esta inspiración se basa el que nuestra Cáritas Lima ha salido y ha visitado no solamente a los pueblos de alrededor de Lima (especialmente, algunas de nuestras parroquias, en donde los párrocos también colaboraron con tanto ahínco y generosidad), sino también han viajado al interior para ayudar todo lo posible.

El sentido de esto es que nuestro trabajo solidario no quede en una anécdota, sino que genere una forma más estable y durable que de fruto humano, social, ético y espiritual en nuestra sociedad, basados en la fuerza de la fe que todos tenemos y compartimos. Y así, desarrollar un proceso más amplio de hermanación inter-comunitaria, inter-parroquial, inter-institucional, inter-comunitaria, inter-provincial, inter-diocesana, como signo de la esperanza que tenemos los peruanos de un país vivible, muestra de la huella cristiana y católica dejada en nuestra cultura durante siglos.

Se trata, entonces, de que nuestra misión evangelizadora y espiritual ha de tener enormes consecuencias sociales, humanas y culturales.

Este año, pues, nuestra unción crismal está desafiada a responder desde la identidad de la misión de ungidos sacerdotales con una nueva inspiración. Uno es sacerdote, pero se va haciendo sacerdote en cada circunstancia, y todos nos hacemos también presbiterio, poco a poco, afrontando diversas circunstancias y desafíos. Y esto requiere

replantearse completamente la vida ante la historia cambiante, desafiante, interpeladora y exigente.

El Papa decía hoy que tenemos que alejarnos de la concepción funcionaria de sacerdotes de corte, que única y exclusivamente, repetimos las cosas y no nos guiamos por Jesús, escondido en la historia. Todos los cristianos, pero, sobre todo, los consagrados y los ungidos por el Espíritu Santo con el crisma, estamos llamados a ejercer nuestro ministerio, inspirados en el Espíritu, como sacerdotes, profetas y reyes, pero de un modo particular: procurando el hermanamiento, generando hermandad, no des-hermanando, no polarizando, sino suscitando un cuestionamiento de actitudes de fondo que permitan pensar en recapacitar y rectificar caminos equivocados, que permita una conversión personal y social de cada persona y comunidad humana. Por ello, estamos intrínsecamente impedidos de colocarnos al margen y lejos de la misión evangelizadora de Jesús.

Nosotros no hacemos agitación política, partidaria, gestión económica, acciones gubernativas, negocios de diverso tipo… en nuestra Iglesia, eso es tarea del laicado. Lo propio sacerdotal, ordenado, es anunciar el Evangelio con oportunidad y, evidentemente, con el riesgo que corrió Jesús de ser confundido, pero que, genuinamente, es dar a reconocer la verdad del amor en todo tiempo, llamando a vivir actitudes humanas profundas y renovadas por el amor gratuito de Dios. Nos corresponde sólo una incidencia indirecta (no directa) en la sociedad, como ha sucedido en los intentos de incidencia en el malestar y maltrato eclesial en diversos pueblos sufridos por las guerras, por las dictaduras de todo color, por la corrupción, la polarización o el desastre ecológico.

Por ello, llamo en esta Semana Santa, no solo a todos los cristianos y a todo el pueblo fiel, aquí presente, sino también a todos los sacerdotes que son ungidos en el crisma del Señor y son ministros del Señor, a acoger la “misión hermanamiento”, que nos permita pacificar nuestra sociedad, agitada por la confusión del lenguaje, las fake news, los chismes y malos tratos y los prejuicios. Y los llamo a ustedes a emprender una tarea evangelizadora que reeduque la conciencia y aplique la propuesta del Santo Padre de un pacto educativo a través de la evangelización, que comience por retomar la sabiduría, que valora la experiencia propia, que discierne, que promueve y que valora a la persona por el movimiento del Espíritu. Para ello, hermanos sacerdotes, es preciso que, así como se hizo en el último retiro, trabajemos entre sacerdotes y en toda la Iglesia de Lima diversos tipos de problemas que nos tienen estancados y detenidos por mucho tiempo, los tratemos cara a cara y no nos restrinjamos sólo a consultarlo con nuestro director espiritual.

Hay demasiados problemas que ni siquiera los directores espirituales conocen, y que son los problemas espirituales de un pueblo que sufre. Solo tratando en comunidad de sacerdotes, podemos abordar, afrontar y contribuir a solucionar. El Papa, que es un gran padre espiritual, ha invitado a la sinodalidad en todos los aspectos de la Iglesia, y existen modos comunitarios y solidarios que necesitamos asumir cotidianamente y temas acuciantes que agregar.

Por ello, aquellas comunidades que formamos el año pasado, entre el clero diocesano, podemos retomarlas en esta línea. Si bien, en algunos casos, nuestros intentos de comunidades

requieren de más aliento, podríamos retomarlas como conversaciones espirituales de fondo, de modo que, fácilmente, entremos en temas que requieren el concurso de todos.

Y es que los sacerdotes tenemos el mismo problema de nuestro pueblo: nos es difícil tratar y conversar las cosas, mirarlas cara a cara, como dice el Papa, afrontar esa tendencia que tenemos a encubrir, a maquillarnos. Es preciso entrar a mirarnos cara a cara, de frente y con los problemas delante.

Por eso, sabiendo que nuestra misión fundamental será, como sacerdotes, hermanar y orientar al hermanamiento durable y estable, les propongo hacer una agenda de temas que vayamos conversando y debatiendo con amistad y calidad; de modo que, cosas que traemos de tiempo sin afrontar, nos permitan tratamientos mejores y crecimientos mayores. Les propongo que esto podríamos hacerlo entre nosotros, pero, por el bien de nuestra misión, no como una exquisitez especial de un grupo de élite, sino como una misión espiritual de una comunidad presbiteral de servidores de nuestra Patria.

Nos falta conocimiento, muchas veces, pero muchos de los forjadores de la nación peruana fueron sacerdotes conscientes de introducir el criterio del bien común para salvar a la Patria, para que los caudillos interesados en sus propias cosas, no la disolvieran y la destruyeran y se generara una situación de salvajismo destructivo de la población.

Francisco Javier de Luna Pizarro, Toribio Rodríguez de Mendoza y otros, están en las más nobles tradiciones de Toribio de Mogrovejo, que son insignes para el clero diocesano de Lima y que hemos de tomar con esperanza y alegría en nuestras vidas.

"No es suficiente que liberes a Israel. Te envío -le dice el Señor a Isaías - *a ser profeta de las naciones"*. Y, hoy día, el Señor nos pide a nosotros ser profetas en este país, con visión ancha, con hondura, con sensibilidad humana, pero, sobre todo, con pálpito espiritual de Jesucristo que mora en nosotros.

Por último, este año, vamos a empezar las visitas pastorales a cada parroquia y va a tener un carácter sinodal. Dejaremos en manos de la vicaría general el examen de los libros y esas cosas concretas de administración que toda visita pastoral tiene, pero convocaremos en cada parroquia a la asamblea pastoral abierta con todos los fieles que quieran participar con la presencia de los obispos.

Y cerraremos así, el quinto año de nuestra misión en esta diócesis de Lima, con las indicaciones dadas por el Sínodo de Roma en octubre del presente año, con una asamblea sinodal en enero del 2024, lo que nos prepara para las decisiones finales que se tomarán en octubre del 2024, en la segunda sesión del Sínodo sobre sinodalidad.

Hermanos, en este año que empezamos con la Semana Santa, podamos afirmar siempre estas escrituras que acabamos de escuchar, y que se cumplen también hoy, porque estamos dispuestos a cumplir la voluntad del Padre y

a realizar la promesa de salvación que Dios nos ha hecho y que nos ha dado como responsabilidad.

¡Feliz día, queridos hermanos sacerdotes y hermanos obispos! ¡Feliz día, pueblo fiel! Porque tienen ustedes a unos sacerdotes que están dispuestos a dar su vida por ustedes. Amén.